

PAPÉL

LA MADRE DE LOS MIL NIÑOS ROTOS

Un día, María José conoció
a un crío de siete años con el 60%
del cuerpo quemado
por sus padres
que estaba solo en el hospital.

Una década después,
su ONG ha pernoctado con 1.100
pacientes menores
que no tienen a nadie

Por Pedro Simón

Fotografía de David González (Araba Press)



PAPEL EN PORTADA

Por **Pedro Simón** (Valencia)

Una cosa es escribirlo aquí y otra cosa es verlo. Una cosa es escribir aquí lo que ella vive cuando va a un hospital y otra cosa es ponerse en esos ojos saturados de tanto mirar, asomarse sin miedo al niño roto que tiene en la habitación en penumbra, observarlo allí tumbado en

la cama: destrozado, abrasado, sedado, solo.

Y encima sonreír. O sobre todo, eso: sonreír.

Cogerles de la mano si no la tienen quemada. Darles una palmada en la espalda si no la tienen partida. Hablar con ellos si es que el pavor de lo sufrido no les ha dejado mudos.

Todavía se acuerda del primero que visitó en el Hospital La Fe de Valencia. Como para olvidarse de él.

«Tenía siete años. Sus padres le habían quemado el 60% del cuerpo con agua hirviendo. Había sufrido un maltrato salvaje... Me moriré recordando el olor de la carne abrasada, cómo lloraba ese niño, lo atemorizado que estaba. Llegaron las diez de la noche y decidimos hacer noche con él», cuenta María José Gimeno. Nos pide omitir ciertos detalles, suspira, sopla, le cuesta seguir.

Pero sigue. Hemos quedado para eso. Para decir que existen: «El niño no podía ni caminar. Todas las semanas le operaban dos veces. Siempre, antes de entrar a quirófano, nos daba la mano, confiaba en nosotras...».

Ese fue el primero niño al que acompañó en un hospital. Y desde entonces ha habido muchos más.

Érase una vez un bebé que había sufrido un derrame cerebral después de ser agitado como una coctelería: «Se llama síndrome del niño zarandeado».

Érase una vez un neonato de 700 gramos que no tenía a nadie nada más que a ellas: «Lo único que podíamos hacer por él era tenerlo cogido sobre nuestro pecho. Darle eso. Al menos eso».

Érase una vez una madre desesperada: «Esa mujer había sufrido malos tratos y aguantó. Pero dijo basta cuando su hija de dos años fue la que recibió las agresiones. Huyó. Se escondió en Valencia. Limpiaba casas. Pero cuando la niña tenía tres años y medio, le fue detectado un cáncer. No tenía ninguna red. Y si dejaba de trabajar para estar con la hija, perdía sus ingresos... Allí aparecimos nosotras».

Los nombres de todos esos niños y niñas no los podemos poner.

El de ella, sí. Se llama María José Gimeno. Tiene 46 años y dos hijos de 12 y de nueve. Es la presidenta de Mamás en Acción. Y atesora un tipo de locura que estaría bien que se contagiara: en ese sitio donde cualquier madre apartaría la mirada, ellas centran la suya.

En diez años, han acompañado a unos 1.100 niños que o bien no tenían a nadie o bien contaban con una red familiar demasiado frágil.

Mientras usted lee estas líneas, juegan o dan de comer o han pasado la noche o les hacen ver que no están solos a 22 menores que hoy mismo permanecen ingresados en hospitales de nueve provincias.

Entrar a una habitación. Ver las sondas y sostener la mirada. Escuchar un gemido. Decir ya estoy aquí. Maldormir en un sofá en vez de en tu cama. Levantar luego las persianas al amanecer y, como quien cree que hay esperanza a pesar de todo, dar los muy buenos días, niño mío.

(...)

Todavía se acuerda del primero de todos. Se acuerda de que se lo llevó la familia de acogida formada por sus tíos, que no tenían palabras para agradecer lo nunca visto.

Se acuerda de eso y, también, de lo que pasó con aquel niño quemado que lo cambió todo.

«Estuvimos con él las 24 horas, durante cinco meses, haciendo turnos para que nunca estuviera solo,



dándole cariño infinito... Mejoró, empezó a comer... Siempre anotábamos su evolución en unos cuadernos... Los psicólogos nos advertían de que en algún momento aparecería la agresividad, nos decían que vigilásemos cuando eso apareciera... Pero esa agresividad nunca aparecía. Cuando los terapeutas, extrañados, vieron todas nuestras notas, miles de horas de notas de acompañamiento, se asombraron mucho y nos dijeron que, sin quererlo, habíamos hecho lo que se llama un cuaderno de recuperación emocional».

Los resultados que evidenciaba aquella investigación accidental resultaron tan sorprendentes que fueron expuestos en el Congreso de Humanización de Hospitales para Niños celebrado en noviembre de 2018 en el Vall d'Hebron de Barcelona.

«Los niños que están hospitalizados solos sufren más ansiedad y angustia que los que tienen a alguien querido. Eso provoca que suba la hormona cortisol, lo que a su vez hace que baje el sistema inmune y aumente la agresividad. Pues bien, al estar acompañados por nosotras, casi ninguno de nuestros menores tiene episodios de violencia».

“Tenía siete años. Sus padres le habían quemado el 60% del cuerpo. No tenía a nadie y decidimos hacer noche con él”

“Los niños que están hospitalizados solos sufren más ansiedad y angustia, y eso aumenta su agresividad”

Una voluntaria de la ONG cuida a un bebé en un hospital.
MAMÁS EN ACCIÓN

Eso fue lo que dijeron más o menos las Mamás en Acción en el congreso. Comenzaron a recibir llamadas de clínicas de toda España que les demandaban acompañamientos para niños solos. Y, desde entonces, el teléfono no ha dejado de sonar.

Hoy, la asociación está presente en 42 hospitales de Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza, Sevilla, Castellón, Murcia, Las Palmas y Huelva y cuenta con unos 3.000 voluntarios. Pueden parecer muchos, pero ellas calculan que hacen falta 50 para acompañar a un crío a lo largo de una semana: el voluntario ofrece el tiempo que puede dar (una hora, una tarde entera, una pernocta) y luego es encajado en un cuadrante que tiene un único objetivo. Que el menor no esté ni un minuto en soledad.

María José hace inventario de daños.

«Hay tres perfiles de chicos con los que estamos. Unos son los niños víctimas de violencia doméstica. Según el Ministerio del Interior, hay 30.000 denuncias al año. Los jueces no permiten que ningún familiar acompañe a estos menores hasta que se esclarezca la situación judicial, con lo cual su soledad es mayor... El segundo perfil es el de progenitores que tienen que elegir entre acompañar a su hijo enfermo o mantener su empleo... El tercer perfil es de los niños tutelados por la Administración: su educador puede acompañar alguna vez, pero tiene una vida y no puede estar siempre».

(...)

Entrar a una habitación del hospital. Escuchar el rumor de una máquina y ver a un niño vendado y dormido. Sentarte pacientemente a su lado. Luego ver cómo despierta después de una hora o dos y te mira con ojos de terror. Solo porque le recuerdas a su madre o a su padre. Ocurre en España.

Vivir esto. «A aquel niño de dos años lo encontraron caminando descalzo a las dos de la madrugada. De la paliza que le habían dado, tenía partes del cuerpo moradas y a punto estuvo de perder un ojo. Cuando llegamos con él al hospital, nos informaron de que rechazaba el contacto físico. Tardamos en poder cogerlo en brazos ese día. Poco a poco lo logramos. Al día siguiente, solo quería dormir abrazado a la voluntaria en el sofá».

O vivir esto otro. «Hace poco en Madrid estuvimos con un bebé al que habían abandonado en una cuna. Estaba medio desnutrido. Las ratas le habían mordido en los deditos. Era un bebé que no tenía consuelo ninguno. No paraba de llorar... Estuvimos con él un tiempo. Al final, en el último turno de nuestra voluntaria, llegó el papá de acogida que había conseguido para llevárselo. El hombre no tenía palabras... Cuando tocó vestir al bebé para marcharse, aquel hombre le dijo a la compañera: 'Por favor, vístalo usted, que le conoce más'».

(...)

A veces su hija Adela le preguntaba a María José cómo es que no dormía en casa y a ella le entraban ganas de contarle desde el principio.

Decirle que, un buen día, un sacerdote le habló de un niño que estaba solo en el Hospital La Fe. Decirle que fueron a visitarlo y que se encontraba peor de lo imaginado. Que la conversación que tuvo con la enfermera –recreada a continuación– fue más o menos así.

–¿Este niño está solo? –le preguntó.

–Sí. No tiene padres –le respondió la enfermera.

–¿Quién lo cuida?

–Nosotras le echamos un ojo cuando podemos.

–¿Y no me puedo quedar con él a dormir?

–¿Y usted de qué colectivo es?

–De ninguno.

–Pues entonces se tiene que ir. Porque a título personal no puede estar. No puede estar una persona física. Tiene que constituirse en persona jurídica.

Decirle a la hija que entonces su madre puso 40 euros y recogió cuatro firmas y creó una asociación. Que con el tiempo acabó dejando su empleo como estratega de marketing y que, de aquella decisión que mereció la pena, ha pasado más de una década.

«Hubo un tiempo en que no hacía más que pernoctar fuera de casa acompañando a menores así. Mi hija tendría cinco o seis años y me preguntó la razón. Le conté. Que en nuestro país había niños que no tenían a nadie, que había niños a los que sus padres renunciaban. Que esos niños enfermaban como ella y que no había quien les cuidara. Entonces le pregunté: '¿Tú quieres que vaya a dormir con ellos?' Ella me contestó: 'Mamá, ve'».

Palabra de Antonio Moreno, jefe de Pediatría del Hospital Vall d'Hebron de Barcelona: «Con ellas vimos el cielo abierto. Hacen que los niños mejoren su estado de salud».

Palabra de Manuela Camino, jefa de la Unidad de Trasplante Cardíaco Infantil del Hospital Gregorio Marañón de Madrid: «Son la ayuda que nos faltaba en el cuidado del niño que está esperando un trasplante, por estos niños necesitan estar tranquilos».

Se llaman Mamás porque algún nombre había que poner, confiesan. Pero también hay Papás en la asociación, claro. Y Hermanos. Y Tías solteras. Y chavales jóvenes.

Y lo que sobre todo hay son niños que no tienen cerca ni un parentesco ni el otro.

«La chica tenía 15 años. Estaba sola. Sufría mareos y se desmayaba. Era leucemia. Nos llamó el oncólogo y nos dijo: 'Venid y le cuento lo que tiene'. Fue un turno durísimo. Pero maravilloso. Le explicaron: 'Vamos a aislarte, pero estas mamás van a seguir viniendo, ¿vale?'. Yo le prometí: 'Te doy mi palabra de que no te vamos a dejar sola'. Y así fue. Nos vestíamos como astronautas y la acompañábamos. Recuerdo una pregunta suya: '¿Pero por qué te importo?'. Y también recuerdo la primera noche. Me llamó. Le contesté: '¿Qué? Dime'. Y ella: 'Nada. Solo quería saber que estabas ahí'».

«Es como si los chiquillos me hubiesen cogido los ojos y me los hubiesen abierto», cuenta Pablo Tárrega, 24 años e ingeniero logístico, voluntario desde 2022.

Asiente Amparo Arona –administrativa y madre biológica de dos hijos ya mayores–, quien ha acompañado a medio centenar de menores y que, un día, decidió darle un hogar en acogimiento permanente a uno de esos chicos rotos de hospital que por entonces era un bebé y que hoy tiene siete años.

¿Un caso que recuerde?

Volvemos al principio.

«Aquel chico con el 60% del cuerpo quemado le tenía pánico al agua. Gritaba cuando le limpiabas. Era muy esquivo. Recuerdo una vez en que estaba dándole de comer, se le hizo bola, le dije: 'Anda, dame esa bola, échala en el plato'. Porque el pobre no podía con ella... Me preguntó: '¿No me vas a pegar?'».

“Mi hija de cinco años preguntó por qué dormía tanto fuera de casa. Le conté lo que hacía y me dijo: ‘Mamá, ve’”

“Ayer visité a un chico de 14 años que vino en patera. Calculó mal y quedó tetrapléjico. Me dio las gracias por ir”

(...)

Todavía se acuerdan del primero que visitaron, decíamos al comienzo de este reportaje. Porque está muy bien de salud. Ahora tiene 15 añazos. En la última foto que recibió María José, ni reparó en la piel del chico: estaba jugando al fútbol.

Al final, la Justicia pudo discernir lo que le habían hecho sus padres a aquel niño abrazado gracias a una camiseta. Se la puso el juez y se fue al hospital. Era la camiseta de Mamás en Acción. Se hizo pasar por un voluntario. El crío contó todo lo que le hicieron quienes le trajeron al mundo.

Se acuerda del olor y de su dolor.

Y se acuerda también de la sonrisa del segundo niño al que visitó. Y de la forma de mirar de la tercera. Y de que la cuarta era tan pequeñita que apenas pesaba. Y de lo que le contó la quinta y que nos cuesta escuchar. Y de todos, se acuerda de todos.

Porque se llaman Mamás. Con mayúsculas. Y una madre así quiere lo mismo a un hijo que a otro.

Claro que se les han muerto algunos chicos. Pero María José siempre se repite una frase: «En nuestras manos no está que se salven, pero si hacemos lo que está en nuestras manos, siempre hay una historia feliz».

Todavía se acuerda del primero, decíamos, y también del último.

«Ayer [este encuentro tuvo lugar el 19 de abril] fui a Las Palmas a dar una charla de formación a voluntarios y sabía que teníamos a un chico en un hospital. Así que quise ir a hacer un turno para acompañarlo... Píjate que llevo vistas historias de niños. Pero lo suyo me tiene impactada...».

Ella no puede verse a sí misma, pero la cara se le va a ir cambiando a María José mientras nos cuenta lo que sigue.

También la del cronista, imaginamos.

Acaso la del lector.

«Tiene 14 años el chico. Vino en patera. Se tiró al mar cuando estaba cerca de la costa, calculó mal y se rompió la columna a la altura de las cervicales. Lleva en el hospital seis meses sin saber nada de sus padres. Al lado, en su habitación, hay otro crío que está ingresado y tiene a su madre cuidándolo todo el día. El chico de la patera no hacía más que desplazar sus ojos a la cama de al lado. Imagina lo que pasaba por esa cabeza... Cuando ayer me iba y venía nuestra voluntaria de relevo, me dijo: 'Gracias por acompañarme'... Me conmovió su forma de decirlo. Nunca he visto nada así... Tiene hecha una traqueotomía. Está tetrapléjico. No es solo un niño. Es un niño solo».

MEDIO AMBIENTE

ALARMA ECOLÓGICA POR EXCESO DE GATOS CALLEJEROS

Por **Jorge Molina** (Sevilla)

La presencia de gatos en el medio natural es un problema que sigue creciendo. Su activa depredación de reptiles y aves ocasiona un fuerte impacto en especies protegidas, sobre todo en Baleares y Canarias. Científicos, ecologistas y cazadores coinciden en la necesidad de controlar sus poblaciones, para lo que proponen desde captura a muerte. Las cifras son muy aproximadas, pero nadie reduce a menos de un millón los gatos sin dueño en España, gran parte en el campo.

«Hay que sacrificarlos, son un peligro para el medio natural», señala a este periódico Miguel Clavero, investigador de la Estación Biológica de Doñana (EBD). Por su parte, Juan Carlos Atienza, de la Sociedad Española de Ornitología (SEO), defiende que «hay que capturar y llevar a un centro a cualquier gato en el medio natural». «El gato es la clave en el control de predadores que reclamamos, es un animal que caza también por afición, no por hambre», señalan desde la Federación Andaluza de Caza (FAC).

El gato montés, escasísimo y protegido, no tiene nada que ver con la presencia en aumento en el medio natural de gatos domésticos que se han asilvestrado. El problema en las ciudades ha generado las llamadas colonias, mantenidas con comida por algunos ciudadanos. Con la reciente Ley Animal ya no es posible el sacrificio, y su gestión pasa por captura, castración y liberación. «Puede funcionar si el sistema está cerrado, no si entran nuevos gatos a la colonia», advierte Atienza, responsable de Gobernanza Ambiental en SEO.

Para colonias que se ubican en lugares vulnerables desde el punto de vista ambiental, esta sociedad plantea su traslado, aunque admite que cualquier procedimiento supone un «gran esfuerzo» para los municipios. Los gatos urbanos, incluso alimentados, son predadores impulsivos, en particular de pájaros. Un equipo de investigadores del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid comprobó que en los parques urbanos con gatos son más escasas las aves



Un gato asilvestrado porta en su boca un conejo.
FUNDACIÓN ARTEMISAN

Según el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), el gato vive en diversos hábitats naturales y, al ser una especie generalista, «depreda sobre gran variedad de especies de reptiles, aves, mamíferos e invertebrados, pudiendo capturar incluso algunos peces y anfibios». A nivel mundial, «los gatos se relacionan con la extinción de 63 especies de vertebrados. En los ecosistemas insulares han estado involucrados en el 14% de todas las extinciones de aves, mamíferos y reptiles y en el declive del 8% de los catalogados en peligro crítico».

Se estima que en España existen unos ocho millones de perros y seis millones de gatos. En ambos casos su paso a la vida silvestre es un problema para personas y medio ambiente. «El problema es gigantesco por su impacto en poblaciones silvestres» afirma Clavero.